

REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

2DA. SEMANA [328 – 336]¹

Plática – 2024

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[328] REGLAS PARA EL MISMO EFECTO CON MAYOR DISCRECIÓN DE SPIRITUS, Y CONDUCEN MAS PARA LA SEGUNDA SEMANA.

CUERPO DE LA PLÁTICA

INTRODUCCIÓN.

Hay una primera cuestión que es muy importante, y es explicar por qué las llamamos Reglas de Discernimiento de Espíritus de Segunda Semana. Una explicación muy sencilla sería recordar cómo San Ignacio escribió este Libro de los Ejercicios Espirituales para que pudieran ser impartidos por espacio de un mes; de manera que, al principio, todas las personas que hacían Ejercicios Espirituales, los hacían así, durante cuatro semanas. Luego, en la historia posterior de la Iglesia, hemos ido haciendo adaptaciones a los Ejercicios Espirituales: adaptaciones de 8 días, de 5 días o 3 días; pero, normalmente conservamos esta organización de los Ejercicios en cuatro semanas y, aunque uno los hiciera en 8 días, pues recibe algunos Ejercicios de Primera, de Segunda, de Tercera y de Cuarta Semana. Por esto, San Ignacio llama a estas Reglas «Reglas de Segunda Semana», porque se suelen explicar, para quien hace los Ejercicios durante un mes, en la Semana Segunda.

Pero, hay otra razón, y ésta es muy importante, porque nos ayudará a entender cómo, quizá, estas reglas no son para todos, no hace falta que todo el mundo las conozca; y es la siguiente cuestión: quienes han estudiado con más profundidad los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, nos enseñan que cada una de las cuatro semanas busca una finalidad diferente, y están destinadas, a personas de situaciones también muy diversas.

Mientras que la **Primera Semana** de Ejercicios, que es la semana en la que nos hemos dedicado a meditar el «Principio y Fundamento» y el pecado, mientras que esta Primera

¹ [328] Reglas para el mismo efecto con mayor discreción de espíritus, y conducen más para la segunda semana.

Semana está encaminada, sobre todo, a personas que necesitan la conversión del corazón, o a personas que a lo mejor se van a introducir en Segunda, Tercera y Cuarta semana, pero que han de iniciar este proceso de los Ejercicios, buscando, de Dios, la conversión del corazón; la **Segunda Semana**, por el contrario, en la que estamos meditando los Misterios de la Vida de Cristo, es una semana, especialmente destinada, para personas que ya se han introducido en la vida espiritual y que, ahora, **son llamadas por el Señor a conocerle más de cerca y a quererle más**. Después de la Llamada del Rey, -hemos respondido-, en la que el Señor nos decía que Su anhelo, Su voluntad, es conquistar el mundo entero y nosotros hemos respondido, ofreciéndonos o entregándonos a Jesucristo, para colaborar con Él en esa misión que el Padre le ha confiado. Nos hemos detenido, después, en las Meditaciones de la Vida de Cristo, que fueron desde la Encarnación hasta Su Vida Oculta y Su Vida Pública; y en la Tercera y Cuarta Semana, culminaremos los Ejercicios con Contemplaciones sobre la Pasión y Muerte, Tercera Semana; y Vida Resucitada del Señor, Cuarta Semana.

Pero, esto ha hecho entender a los estudiosos de los Ejercicios que, quizá, cuando los autores espirituales dicen que en la vida espiritual suele haber tres etapas, -pienso, por ejemplo, en la obra de Garrigou-Lagrange «Las tres edades de la vida interior» o «Las tres etapas de la vida espiritual»-; estas tres etapas que solemos denominar *Vía Purgativa*, *Vía Iluminativa*, *Vía Unitiva*, pues, los estudiosos de los Ejercicios piensan:

- que los Ejercicios de **Primera Semana** son, en el fondo, un inicio en la vida espiritual a través de la «**Vía Purgativa**»;
- que la **Segunda Semana** está destinada a crecer en la «**Vía Iluminativa**»; y,
- que la **Semana Tercera**, o por lo menos la **Cuarta**, -con respecto a la Tercera hay diferentes opiniones-, está pensada, sobre todo, para personas a las que el Señor quiere llevar ya a la unión plena con Él, a la «**Vía Unitiva**».

¿Por qué hago esta introducción? Porque esto quiere decir que **estas reglas**, que ahora os comentaré de Segunda Semana, no simplemente quiere decir que se han de dar a quien hace los Ejercicios Espirituales durante un mes, en la Segunda Semana, sino que **van destinadas a personas que ya están introducidas en la vida espiritual**, a personas que ya tienen práctica de oración, a personas que ya tienen una comunicación frecuente con el Señor. Y hago esta anotación porque, tal vez ahora, cuando las expliquemos, algunas personas que os habéis sumado a esta iniciativa de los Ejercicios Espirituales online, os suenen un poco a chino, y digáis: «Pero, es que esto no entiendo nada»; pues no os preocupéis, porque es que, tal vez, estas Reglas sean para vosotros una ayuda en otro momento; quizá en el futuro; tal vez no ahora mismo.

REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS.

Primera Regla.

[329] 1ª *regla*. La primera: propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del qual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y assiduas falacias².

¿Esto qué quiere decir? Pues que, como ya habíamos leído en las Reglas de Discernimiento de Espíritus de Primera Semana, a quien va «DE BIEN EN MEJOR», a quien va creciendo en la vida espiritual, normalmente el Señor le alienta, le anima, le da paz y alegría, le consuela; y cuando esta persona percibe probación, inquietud, miedos, seguramente es porque eso es una tentación, seguramente es porque el maligno quiere alejarle del buen camino que ya ha emprendido y en el cual está avanzando.

Segunda y Tercera Regla.

[330] 2ª *regla*. La segunda: sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún obieto, por el qual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

[331] 3ª *regla*. La tercera: con causa puede consolar al ánima así el buen ángel como el malo, por contrarios fines: el buen ángel, por provecho del ánima, para que crezca y suba de bien en mejor; y el mal ángel para el contrario, y adelante para traerla a su dañada intención y malicia.

En la Segunda y Tercera Regla, nos habla, San Ignacio, de cómo la consolación puede ser con causa precedente o sin causa precedente:

Una **consolación sin causa** precedente significa que Dios interviene en el alma de una persona sin que esta persona haya, por su parte, hecho nada especial que la haya predispuerto a recibir esta consolación.

Por ejemplo, una consolación sin causa precedente es la que describe André Frossard. Este intelectual francés, que había pertenecido al partido comunista francés y que, en ese libro «Dios existe. Yo me lo encontré», cuenta su conversión. Y es que un día, había quedado con un amigo, en la Catedral de Notre Dame, en París, y entrando en el Templo, el Señor le hizo quedarse sobrecogido. Él percibió Su Presencia y percibió Su Amor y lo percibió con tal nitidez, con tal claridad, que no lo pudo dudar. No parece que André Frossard se hubiera preparado para recibir esa consolación, -¡qué val-, su vida anterior había sido una vida de espaldas a Dios; entonces, podemos entender que, cuando Dios se introduce en su corazón, dándole una consolación tan fuerte, lo hizo, solamente porque Dios quiso, sin que él se hubiera preparado interiormente para esto.

² *sotilezas y assiduas falacias*: frecuentes razonamientos falsos, sutiles y disimulados.

Consolación con causa, por el contrario, es cuando nos hemos preparado para recibir una consolación. Pienso, por ejemplo, en alguien que toma un libro piadoso, muy bonito, se pone ante un Crucifijo y está allí 45 minutos, leyendo y haciendo su lectura espiritual, y mirando esa talla de Cristo crucificado; y tal vez, pues, escuche a su alrededor cómo otras personas están cantando, canto polifónico, gregoriano; y entonces, tal cúmulo de sensaciones, por su lectura, por la mirada de Cristo crucificado y por la música, favorecen que el Señor pueda tocar su corazón y hacerle experimentar paz, alegría, consuelo interior.

San Ignacio dice que la **consolación sin causa precedente siempre viene de Dios**; es decir, cuando a una persona le ocurre que Dios deja en su corazón una paz muy grande, un consuelo espiritual extraordinario, y que nada ni nadie parecen haberle preparado para ese momento, no hay que dudar de la autoría de esa consolación; esto viene de Dios, es el Señor quien se lo está regalando.

Pero, por el contrario, dice que cuando uno recibe **consolación con causa precedente hay que discernir** porque, a veces, puede ser que venga de Dios -con mucha frecuencia- y también, podría ser que no venga de Dios, sino que sea una tentación.

Vamos a poner un ejemplo: figuraos que esa persona que se llevó el libro a la Capilla, y que miraba a Cristo crucificado, y que escuchó cantos polifónicos a su alrededor; en ese momento, precisamente a él, que es esposo y padre de familia, le vienen unos deseos grandísimos de dejar a su mujer para hacerse trapense. Bueno, pues, cabe sospechar que esa aparente iluminación del Señor no sea tal; sino que el maligno, aprovechándose del libro, de la vista del crucifijo y del canto polifónico, le haga ahora desear, con muchísima fuerza y con un consuelo interior muy grande, algo que Dios no quiere. ¿Cómo va a querer Dios que deje a su mujer y a sus hijos para hacerse trapense en este momento?

Así que, cuando la consolación es sin causa precedente, podemos confiar en ella; cuando es con causa precedente, hay que discernir y hay que ver qué es, exactamente, lo que esa consolación provoca en su alma y cuáles son sus efectos.

Cuarta Regla.

[332] *4ª regla.* La cuarta: propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis³, entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

En la Cuarta Regla dice que «es propio del ángel malo», -se refiere al tentador, al diablo-, «que se forma sub angelo lucis». Y esto, ¿qué quiere decir? Bueno, pues, que el maligno, normalmente no da la cara; sino que se disfraza bajo ángel de luz, quiere presentarse con buena apariencia, haciéndonos creer que esa imagen, o que ese deseo que nos estará proponiendo, es algo muy santo, y muy bueno, y muy positivo.

³ *sub angelo lucis*: disfrazado de ángel de luz, de ángel bueno.

En el ejemplo que acabo de poner, se ve claramente: la tentación que le viene a este hombre casado y padre de familia, es hacerse «trapense»; es decir, una tentación de algo bueno y bonito; porque, la vocación contemplativa es maravillosa; y la vida consagrada de los monjes trapenses, es excepcional. El problema es que, bajo la apariencia de algo muy bueno y muy bonito, lo que querría el maligno, es separar a esta persona de la que es su vocación, de su vocación matrimonial y su paternidad.

Así que hay que temer las ideas que se nos pasan por la cabeza, y las consolaciones con causa precedente, porque el que tengan buena apariencia, no significa, necesariamente, que vengan de Dios. A veces, el maligno se disfraza de ángel de luz.

Y, ¿cómo se hace este discernimiento de las consolaciones con causa precedente? Pues, en la Cuarta, Quinta, Sexta Regla, nos da algunos consejos que van a resultarnos muy útiles.

En la Cuarta Regla dice que el maligno, a veces, nos trae pensamientos que son santos, y positivos, y buenos, «conforme a la tal alma justa»; o dicho de otra manera, que, a veces, la tentación se disfraza de algo que en principio nos agrada, que nos hace ilusión, que nos interesa.

Si este padre de familia, del que os vengo hablando unos minutos, resulta que está teniendo problemas en su matrimonio, o está teniendo problemas en la educación de sus hijos y, además también tiene problemas económicos, y además su jefe, en el trabajo, le hace la vida imposible; esta tentación de hacerse «trapense», le complace mucho; es que le parece que es una idea excelente, es estupenda; en el fondo es una huida. El maligno viene con una sugerencia que a él le complace pero, que en su caso, no es algo que Dios quiera para él en este momento.

Quinta Regla.

[333] *5ª regla.* La quinta: debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

La Quinta Regla dice que, para discernir estas consolaciones con causa precedente, hemos de pararnos a pensar en el **discurso del pensamiento**; esto es: en **cómo comenzó** este pensamiento; en **qué pensamientos vinieron después**; y **a dónde le conducen**, -el principio, el medio y el fin-, porque, a veces, el pensamiento comienza bien.

Por ejemplo, en este ejemplo que venimos trabajando, este hombre puede pensar: «Qué hermosa es la vida de oración»; ese es su primer pensamiento y es un pensamiento bueno; es decir, hasta aquí no hay nada que tenga que suscitarle sospecha. Segundo pensamiento: «La oración es muy buena; pero, en las actuales circunstancias en las que yo estoy, trabajando tantas horas en una oficina, y teniendo que dedicar tanto tiempo a los niños y a mi mujer, apenas encuentro tiempo para la oración. Hay algo aquí que no

funciona». Bueno, este pensamiento, que está en el medio, también puede ser que sea bueno; es decir, que él se dé cuenta de que la vida le está absorbiendo demasiado, que tendría que tomar alguna decisión para parar más, para tener más tiempo de oración. Y ya, cuando llega a la conclusión de ese curso de los pensamientos, y dice: «¡Márchate! Márchate a esta abadía donde te están esperando, donde Dios te hará gozar mucho de sus consuelos». **Esa conclusión, ya sí que es una tentación.** Por eso, es muy importante, en las consolaciones con causa precedente, atender al principio, al medio y al fin; no sólo a la primera idea que se me pasó por la cabeza, que puede ser buena, sino a las ideas que vinieron después; y a la conclusión que saqué, porque bastaría con que una de esas tres cosas no fuera correcta, para poder entender que esa idea no es una inspiración divina.

Sexta Regla.

[334] *6ª regla.* La sexta: quando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina⁴ y mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fue dél tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le truxo, y el principio dellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo spiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para delante de sus acostumbrados engaños.

En la Sexta Regla dice que, «quando el enemigo de natura humana», el diablo, es «sentido y conocido de su cola serpentina», aprovecha mucho, al que ha tenido esta consolación con causa, que era una tentación disfrazada «sub angelo lucis», le aprovecha mucho mirar cómo ha sido el discurso de los pensamientos para aprender, para el futuro, para guardarse para adelante.

¿Qué significa con esto? Significa sacar provecho hasta de nuestras propias tentaciones, de manera que, si a este hombre ya le ha pasado dos veces, una vez en el año 2016 y otra vez en el año 2019, que estuvo a punto de marcharse de casa para irse de monje; cuando le vuelva a suceder esto, en 2024 o en 2025, él debe pensar: «Esto ya me ocurrió a mí y era una tentación, y me lo dijo un sacerdote en la confesión o en la dirección espiritual; por tanto, no incurriré ahora en el mismo error». Es bonito esto, es decir que, cuando el Señor ya nos ha mostrado cómo nos suele engañar, a nosotros, el maligno, que tomemos nota, que aprendamos; en el fondo, vayamos adquiriendo una cierta experiencia y un cierto bagaje espiritual, para ir sabiendo olfatear cosas que ya uno intuye que no son de Dios, sino que son una tentación del maligno.

Séptima Regla.

[335] *7ª regla.* La séptima: en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como quando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos spíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o símile⁵;

⁴ *su cola serpentina*: indicio de la presencia del diablo (la “serpiente”).

⁵ semejante.

porque cuando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y cuando es símile, entra con silencio como en propia casa a puerta abierta.

La Regla Séptima es muy bonita porque dice que «en los que proceden de bien en mejor» -y hablo de esto en las Reglas de Discernimiento de Primera Semana- «el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja»; y que, en cambio, el mal espíritu «toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra».

¿Qué significa esto? Pues, una cosa muy importante y muy bonita, y es que Dios suele actuar en las almas con suavidad, con respeto y, normalmente, no con unos cambios bruscos que a uno le hacen cambiar la orientación de su vida espiritual, -si es que esta iba bien-, de una manera drástica y radical; sino, paulatinamente, progresivamente. El Señor nos hace crecer espiritualmente como hace crecer las plantas, o como hace crecer a los animales; es decir, con sencillez, con naturalidad.

Voy a poner algún ejemplo de esto para que se entienda mejor. Figuraos que una orden religiosa lleva un camino muy provechoso de 400 años de historias de santidad, de virtud, de mártires, en fidelidad a las constituciones de su fundador, etc. Y ahora, aparece un monje o una monja de esa congregación y dice: «El Señor me ha revelado que, para que nos vaya bien a los que pertenecemos a este Instituto, a esta Orden, tenemos que cambiar las Constituciones; concretamente, el punto 1, el 4, el 7, el 9, el 23 y el 48; y tenemos que darle un giro, a nuestro Instituto, muy radical. Ahora es cuando vamos a empezar a vivir lo que Dios nos pide; ahora es cuando vamos a hacer, por fin, lo que el Señor estaba esperando de nosotros y no había conseguido en los 400 años anteriores».

Esto es sospechoso. ¿Qué raro no? Qué raro que Dios, que ha suscitado tantos santos en esta orden y tantos mártires, en 400 años nunca les hubiera planteado cambiarlo todo; y ahora, a través de esta persona tan carismática, tan brillante y tan interesante, quiera volver a empezar todo, como un cambio drástico, como un cambio espectacular, como una ruptura con todo lo anterior, como un «volver a empezar». Eso normalmente no viene de Dios porque Dios, como decía aquí San Ignacio, suele entrar en las almas como la gota de agua en la esponja, sin hacer ruido. El ruido no viene de Dios, el ruido y, es decir, los cambios drásticos, radicales, a veces no proceden de Dios, aunque parezca que tienen una apariencia de una extraordinaria virtud.

Dicho de otra manera: El señor no suele suscitar «adanes» en la historia de la Iglesia. Recordáis que Adán es aquel con el que comienza todo; Adán y Eva. Y, a algunas personas, les parece que ellos tienen que ser «Adán»; es decir, que con ellos ahora va a empezar todo. Que todo lo que se hizo hasta el presente no sirve, porque lo que ellos vienen a traer: «Esto es lo que verdaderamente hacía falta». Y hay como una ruptura con el pasado, hay como una ruptura con la tradición; porque esta persona, de una manera chocante y de una manera espectacular, viene a arreglárnoslo todo. No. La manera que tiene el Señor de proceder, es «dulce, leve y suavemente», y es precioso cómo los Santos, en la historia de la Iglesia, nunca se presentan como «Adán»; sino que se presentan como los que vienen a continuar la Iglesia y son, solamente, un eslabón en la cadena, y asumen

que, después de ellos, vendrán otros, que con ellos no empieza ni termina nada, y que ellos vienen a seguir la Tradición de la Iglesia.

Bueno, pero esto mismo, que puede ocurrir en un Instituto religioso, también puede suceder en nuestra alma. A veces, una persona, que lleva ya, no sé, 10 años de sacerdote, o 15 años en un movimiento eclesial, o 20 años en una Parroquia; pues, de manera sorpresiva, chocante, espectacular, llega a la conclusión de que tiene que dar un giro a su vida de 180 grados, para hacer ahora algo completamente diferente, para salir de donde está, cortar con aquellos con los que se había formado, y hacer algo completamente distinto. Es un poco extraño eso porque, normalmente, Dios nos va conduciendo con suavidad, Dios nos va conduciendo con sencillez, con naturalidad; a veces, pone una persona en tu vida que te hace mucho bien; luego, conoces, a través de un libro, la espiritualidad de un Santo; más tarde, vives una experiencia que te hace crecer; después, hay algo o alguien que te marca de nuevo; pero no es de golpe, de la noche a la mañana; sino que Dios va ayudando a hacer que sea un proceso, un proceso natural, sencillo, un proceso en el que se nota la suavidad del Espíritu Santo.

Cuando de repente a alguien le entra mucha prisa, porque todo lo que ha hecho hasta ahora no lo ha hecho bien, y ahora lo tiene que hacer todo de otra forma; y el que llevaba 10 años de sacerdote en su Parroquia, y lo estaba haciendo bien, y sus feligreses estaban contentos y agradecidos, ahora resulta que ha descubierto una nueva manera, completamente distinta, de acoger el Espíritu Santo, que le hace poner la Parroquia y su vida patas arriba; piensa que eso es Dios quien se lo está regalando, que es Dios quien le hace dar un giro tan extremo y radical a su vida; ¡cuidado!, porque, a lo mejor, el Espíritu Santo, que entra «dulce, leve y suavemente», no es quien está con «sonido», con «inquietud», como cuando la gota de agua cae sobre la tierra, no es quien está golpeando su corazón.

Octava Regla.

[336] 8ª regla. La octava: quando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de sólo Dios nuestro Señor, como está dicho, pero la persona espiritual, a quien Dios da la tal consolación, debe, con mucha vigilancia y atención, mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación, del siguiente en que la ánima queda caliente, y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo por su propio discurso de hábitos⁶ y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu o por el malo forma diversos propósitos y pareceres, que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados, antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto.

Y, en la Octava Regla, y ya con esto terminamos, dice que, aunque uno reciba consolación sin causa, -que veíamos que procede siempre de Dios-, no significa que todo lo que haga a partir de ese momento procede de Dios; es decir, volviendo al ejemplo de André Frossard, este buen hombre se convirtió en Notre Dame y se acercó al Señor

⁶ hábitos.

después de una vida de haber estado lejos de Él; pero eso no significa que todas las decisiones que tome a partir de ese momento, tengamos nosotros que recibirlas como una inspiración de Dios.

Si a partir de ese momento, -por poner un ejemplo que no sucedió-, pero a partir de ese momento, decidiera vender la casa de sus padres para dársela a los pobres, y a sus padres meterlos en una residencia de ancianos; o decidiera, a partir de ese momento, obligar a sus compañeros de trabajo a que todos tenían, a partir de ese día, que rezar con él el Rosario, porque él se había convertido; pues no cabe decir: «¡Ah! Si tuvo una consolación sin causa, ya todo lo que venga de él, viene de Dios». No. Vino de Dios la consolación sin causa; pero todos los pensamientos que vengan después, sus decisiones y determinaciones posteriores, habrá que ver cada una de ellas.

CONCLUSIONES.

¿Cuáles son las conclusiones, me parece, que podemos sacar de estas Reglas de Discernimiento de Espíritus de Segunda Semana?

- **La primera consecuencia o conclusión:** es que las Reglas de Discernimiento de Segunda Semana, no son para personas que están empezando la vida espiritual; sino para quienes, en la Vía Iluminativa, están ya progresando en esa vida interior. Ya no nos ayudan estas Reglas de Discernimiento de Espíritus a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, sino entre un bien aparente - así es como a veces el maligno quiere entrar en nosotros- y un bien real; entre un bien aparente y un bien real; es decir, entre dos cosas que, objetivamente, son buenas, pero que una es la que Dios quiere para mí y otra puede ser una tentación, una seducción del maligno.
- **La segunda conclusión:** es que el maligno suele querer entrar en nosotros con lo que a nuestra alma le gusta; es decir, que nos pone un cebo, como el pescador se lo pone en el anzuelo a los peces, les pone algo que les va a gustar: una miguita de pan para que el pez muerda el anzuelo. Así hace el maligno con nosotros: a veces, nos propone algo, que a nosotros nos complace, para llevarnos a aquello que a Dios le desagrade. Y pueden ser cosas que a nosotros nos complacen porque, objetivamente, son buenas; porque objetivamente son santas. Por eso, es un discernimiento éste, que es más difícil que el discernimiento de las Reglas de Primera Semana.
- **Tercera conclusión:** nuestro tono habitual tiene que ser de alegría, estar siempre contentos; es decir, puede haber días difíciles, que a uno le duele la cabeza, o que le dan un disgusto, o que ha pasado algo que te ha hecho sufrir mucho; eso nos puede suceder a todos. Ahora, cuando Dios está en un alma, ese alma habitualmente vive con paz y con alegría. Éste suele ser el tono frecuente que el Señor deja en el corazón de una persona; y por eso, hemos de preocuparnos cuando, aunque uno vive cerca de Dios, atraviesa una racha que ya no es de horas, ni de días, sino de semanas de tristeza, preocupación, agobio; eso no pinta bien, porque el fruto de la acción de Dios, el fruto de la gracia, el

fruto del Espíritu Santo, es caridad, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, como nos enseña la Sagrada Escritura.

- **Y la última cosa que concluimos** de estas Reglas de Segunda Semana, es que no debemos buscar certezas absolutas en nuestra relación con Dios; sino que nos basta con certeza moral suficiente y con la luz que nos da la obediencia. ¿Y a qué me refiero con esto? A que puede haber ocasiones, en la vida espiritual, en las que uno no está seguro de lo que Dios quiere. A uno se le pasan por la cabeza muchas ideas y no sabe si son ideas sensatas e inspiraciones de Dios; o ideas peregrinas; no sabe uno si es el Señor quien me está pidiendo que dé este paso en la vida espiritual, o si puede ser que el maligno esté intentando desviarme de la ruta que llevaba hasta el presente.

Entonces, no hay que ponerse nerviosos y no hay que pensar: «Ya quiero saber si esto lo quiere Dios o no lo quiere Dios; si esto es una inspiración o es una tentación». No; sino que he de proceder, a ese discernimiento espiritual, con serenidad y confiar mucho en los instrumentos de los que el Señor se sirve para conducirme, y ese instrumento pues es la **obediencia**. El que procede obedeciendo a la Palabra de Dios, obedeciendo a sus superiores en la vida de la Iglesia, el que procede con sinceridad ante sus superiores y, también, ante su confesor y, también, ante su director espiritual; normalmente, será engañado mucho menos que el que se fía, a primera vista, de todo lo que se le ocurre, de todo lo que se le pasa por la cabeza, y termina considerando inspiración divina todas las ideas peregrinas que le vienen a la mente.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

Le pedimos el Señor que nos dé luz, acierto y humildad para descubrir Su paso por nuestras almas.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Amén.